

«Yo no siento el amor como un azote
 que enturbia los sentidos
 y convulsiona el orbe.
 Hay un silencio cósmico alma adentro;
 ¡alto de expectación con que responde
 al llamado de vida,
 la vida alerta ya, para el desborde;
 la vida, lista para la trasiega,
 desintegrada y pobre,
 tornada a la indigencia primitiva
 para abonar el goce
 de resurgir coimada de esta simple
 mutación de crisoles!»

Así canta, en su poema «Amor», esta clara voz de mujer que no ha inflamado su estrofa con lujurias cerebrales, y que se da a la vida sencillamente, sin alardes estruendosos para sorprender a los incautos.

Es un remanso verdadero este libro en el caos turbulento de la lírica actual. Diáfano, sencillo, muestra a los que gustan todavía de la estrofa emocionada, que alguien va con paso seguro por los senderos de la poesía.—C. P. S.

<https://doi.org/10.29393/At173-240LDZA10240>

ZAFRA. Novela, por *Abguar Bastos*.—Ediciones Continente.
 Buenos Aires

Abguar Bastos está calificado como uno de los buenos novelistas brasileños de hoy. Nacido en Belem, la capital del Estado de Pará, su inquietud aventurera no se dirigió hacia la parte de su inmenso país, en donde los progresos de la civilización han barnizado de europeísmo la vida de sus habitantes. Por el contrario, se internó hacia el corazón casi virgen del con-

tinente; hacia los parajes en donde la vida es una perpetua leyenda de extraordinario relieve, por la terrible lucha que allí sostiene la existencia humana con los elementos de una naturaleza hostil y feroz, que se agrava para el pobre, con el abuso de los caciques y terratenientes regionales que someten al trabajador a una verdadera esclavitud.

Abguar Bastos, ha vivido intensamente esa existencia antes de ser escritor. Sus libros son pues, el producto de su observación y de sus sufrimientos. Periodista en diversos diarios, de los Estados del Amazonas, asoma muy pronto en sus crónicas su espíritu rebelde y activo ante la injusticia social que allí domina. Es de esta manera como se transforma en un revolucionario. Conoce las prisiones de esos Estados, que son, a juzgar por las descripciones que de ellas hace, verdaderos antros de pesadilla propicios a la muerte y a la locura. Conoce también etapas triunfales para sus aspiraciones revolucionarias, y llega a ser, Jefe de Gabinete del Estado de Pará, cuando triunfa la revolución que encabezó el actual Presidente del Brasil, Getulio Vargas. Pero su inquietud no para allí. Hay tanta injusticia a su alrededor, que sus rebeldes anhelos le inducen en toda ocasión a ponerse de parte de los oprimidos, de los que sufren la inclemencia del clima, y el rigor cruel y despiadado de los Jefes políticos, que están siempre de parte de los terratenientes para así disfrutar de prebendas y granjerías, y a trueque de esto, cometer toda clase de latrocinios y arbitrariedades.

Zafra es la novela de los hombres que trabajan en los bosques de castaños, o sea la nuez moscada del Brasil, cuya cotización en el comercio mundial es tan importante como la del caucho en la actualidad. Así pues, las novelas de Bastos, han venido ahora a narrar la epopeya obscura y dolorosa del castañero que nace, vive y muere dentro de un horizonte de angustias e injusticias sociales que no tienen parangón. Es una etapa tan dura y espantosa como la del sirigüero. La esclavitud blanca sin ningún amparo ni justicia social, pues allí no existe

el derecho, ni la piedad hacia el que sufre y se debate en la impotencia de un destino miserable cuyo curso, no puede romper a lo largo de toda una vida. Son seres cuya existencia ya, diríase que se ha connaturalizado con la desgracia y el sufrimiento que les produce la connivencia con toda clase de bichos, que allí en plena selva tropical, son de una abundancia espantable. Hay a cada rato en esta novela cuadros como el que sigue, en el cual se describe una prisión:

«La prisión no los asombra. Sólo cuando hay persecución política es que la regla asoma en el correctivo. El pobre diablo es zambullido entre las pulgas. Meses enteros lucha con las pulgas y los alacranes, no tienen a la «china» para agarrar en la calle y revolcarse con ella en el pasto y satisfacer sus deseos.

«El hedor de los murciélagos aumenta en el invierno. También en el invierno reaparecen los cangrejos peludos, negros y gordos. Termina el invierno y los murciélagos todavía quedan. Es necesario dormir envuelto, así sean noches de calor, sino el bicho viene a chuparles la sangre.

«Durante el día penden de los maderos, cada uno con dos cuentas ciegas en lugar de vista, porque son ciegos de día, pero conocen todos los caminos como cualquier pajarito. En las alturas del techo, de espaldas con la cabeza hacia abajo igual a un polluelo que se llevase por las patas, parecen trapeceistas simulando saltos mortales.

«Tienen cara de caníbal. Sus orejas apantalladas, se empujan como dos hojas crespas. Hocicos de rata, pelos de cachorro, pechos de hombre, barbas de gato, espolones de gallo, uñas de pájaro, boca de pez y como pies de pato sus manos, que al mismo tiempo son alas: todo les da ese aspecto de animales interplanetarios que no viniesen del Diluvio, pero sí del Apocalipsis».

Como se ve, la prisión donde entierran en vida a estos infelices, es una celda del infierno. El cuadro transcrito es de un horror escalofriante, y en esa compañía ha de vivir el hombre

día a día, purgando aquella falta que su desesperación ante la injusticia y el atropello, se vió obligado a cometer. Y afuera no es mucho mejor la libertad: las fiebres palúdicas, las serpientes venenosas, las aguas envenenadas, las fieras en permanente acecho, hacen de todo ese escenario, una especie de caos monstruoso en donde todavía el mundo no se clarifica para permitir que prospere y se desarrolle la existencia humana. Y a todo esto es preciso agregar la crueldad de los que allí tienen el poder y la riqueza. El «caboclo» o sea el trabajador de los castañales, tiene además otro enemigo que no le da tregua y es el alcohol, «la cachaça» como allí la llaman que consume a todas las horas de su vida. La cachaça, le acompaña en sus tristezas, en sus pequeñas alegrías, en sus enfermedades, en el duro trabajo. Cachaça, siempre cachaça. Es el veneno que ayuda al terrateniente a hacer que todos los restos de la dignidad humana desaparezca, y que apenas sea a veces, un arrebató de rebeldía obscura que conduce al asesinato, y de allí a la inmunda mazmorra de una prisión.

Las obras de Abguar Bastos, son consideradas como la pintura y expresión más intensa y dramática de todo lo espantoso que hay en la explotación de las riquezas que encierra la selva amazónica. Junto con *La Selva* de Ferreira de Castro y *La Vorágine* de Eustacio Rivera, son las novelas en que mejor se describe esa trágica y feroz realidad que tiene la vida del hombre del Amazonas.—L. D.



AGUAS ESTANCADAS, Novela por *Juan Modesto Castro*.—Santiago de Chile, 1939

En un volumen de 450 páginas, Juan Modesto Castro, ha logrado aprisionar, con justeza y vívida expresión, lo que sus ojos vieron y lo que sus oídos oyeron, mientras permaneció en